

¿Era acaso violando este precepto? No, sino pidiendo su dispensa, como se deja entender por lo que dijo en el acto en que sus enemigos iban á apoderarse de su persona: *¿Piensas que no puedo acudir á mi Padre, y pondrá en el momento á mi disposicion mas de doce legiones de Ángeles* ¹?

Sin duda para librarle, como lo indica el contexto con evidencia. En cuanto á los motivos y á las circunstancias de su muerte, tenia la misma libertad que en el cumplimiento de los preceptos naturales. Acaso diréis de este precepto de la muerte: Era preciso que se cumplieran las profecías; pero los oráculos proféticos no eran otra cosa que la expresion anticipada de la determinación libre del Salvador, de no ocurrir á la dispensa de la muerte.

EL DR. Debo confesar que no alcanzo enteramente lo que acabais de explicar con respecto á la libertad de Jesucristo; pero no hay necesidad de deternos mas en este punto, pues espero que la reflexion me ayudará á comprenderlo mas adelante. Antes de concluir esta larga conferencia, desearia saber si la encarnación del Verbo era necesaria, y si es permanente, pues tengo para mí que despues de la redencion quedó disuelta la union de las dos naturalezas.

EL TEÓL. Para responder á la primera pregunta es preciso manifestar la naturaleza de esta necesidad. Bien sabeis que hay una necesidad absoluta, á la que está sujeto esencialmente el mismo Dios, como la de la generacion del Verbo, y otra necesidad hipotética por la que Dios debe dar á sus obras la mayor perfeccion posible, si se determina libremente á producirlas. Wiclef, y acaso Leibnitz, han supuesto que la encarnacion debia cumplirse por la primera de dichas necesidades; Mallebranche la refiere á la segunda; pero yo creo que seria muy fácil destruir estas proposiciones sistemáticas, demostrando la libertad de Dios para la creacion ó para el grado de perfeccion de sus obras, si la naturaleza de nuestras conferencias nos permitiera analizar esta cuestion filosófica. Pronto tendríamos ocasion de hablar de otra necesidad, referente á la caida y á la reparacion del hombre. Vamos á examinar vuestra pregunta, en órden á la dissolution de la union hipostática de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en el Verbo. Esta separacion no tuvo lugar despues de la redencion, ni lo tendrá jamás, porque si así fuera ¿qué seria de los misterios de la resurreccion, de la ascension de Jesucristo, y de su presencia real en la Eucaristía? ¿Será que la fe católica nos induzca á errar en todos estos puntos esenciales? Pero si quereis prue-

¹ Matth. xxvi.

bas directas de esta permanencia de la Encarnacion, escuchad algunos pasajes de los Libros santos. Hablando de Jesús, que subió al cielo con la naturaleza humana que habia tomado, dice el Evangelio: *Se fué separando de ellos, y elevándose al cielo* ¹. Y en las actas de los Apóstoles: *Este Jesús, que separándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabais de ver subir allá* ². Esta union debe ser eterna, segun las expresiones de san Pablo: *Mas este, como siempre permanece, posee eternamente el sacerdocio* ³; sacerdocio que no puede existir si suponeis la separacion de las dos naturalezas. Oigamos además estas palabras del grande Apóstol: *Jesucristo el mismo que ayer es hoy, y lo será por los siglos de los siglos*. «Jesus Christus «heri et hodie: ipse et in secula... cui est gloria in secula seculorum. Amen ⁴.»

CONFERENCIA V.

LA REDENCION.

EL DR. Puesto que vamos á tratar de la redencion del hombre, segun anunciásteis en la última conferencia, quisiera saber ante todo si esta redencion era verdaderamente necesaria.

EL TEÓL. Al examinar este punto procuraré resolver la dificultad que ayer me propusisteis sobre la necesidad de la encarnacion despues de la caida de nuestros primeros padres. El hombre con la prevaricacion se habia despojado de la gracia santificante y de las esperanzas de la vision intuitiva que le estaba destinada: enemigo de su Dios por el pecado, debia sufrir su maldicion y las desgracias consiguientes, si el Señor en su misericordia no se hubiese dignado cambiar su triste suerte. Ya sabeis la severidad con que fueron castigados los ángeles rebeldes, cuyo castigo nunca tendrá fin; y es indudable que Dios tenia el derecho de ejercer esta justicia rigurosa contra el hombre culpable. Tambien podia concederle un perdon absoluto; y si solo hubiese exigido una reparacion imperfecta, no le faltaban varios medios, sin necesidad de que el Verbo se hiciera hombre para rescatarnos: de suerte que, despues del pecado de Adan no era estrictamente necesaria la redencion ni la encarnacion; pero pues la justicia de Dios ha querido una satisfaccion condigna, no podemos

¹ Luc. xxiv. — ² Act. i. — ³ Hebr. vii. — ⁴ Ibid. xiii.

comprender cómo se hubiera reparado la falta del hombre sin la mediación de una persona divina, única capaz de ofrecer esta satisfacción completa y rigurosa. En este concepto vemos demostrada la necesidad de la redención proporcionada por Jesucristo.

EL DR. Sin embargo el hombre podía arrepentirse, orar, y ver secundados sus esfuerzos por la mediación de los Ángeles que gozaban de la amistad de Dios, ofreciendo la reparación condigna y rigurosa de que habláis.

EL TEÓL. Por supuesto que el hombre no había perdido la facultad de orar ni arrepentirse; pero Dios no estaba obligado á aceptar el arrepentimiento y las oraciones de una criatura rebelde como una satisfacción digna de su justicia. Y luego ¿en qué consistían estos actos? ¿Qué valor podían tener, comparados con la gravedad de la ofensa? Los hombres razonables miden la ofensa por la dignidad de la persona que la recibe, y la satisfacción por la excelencia de la persona que la presenta; pero como que la ofensa que se hizo á Dios arguye una malicia infinita, el hombre era demasiado pobre y degradado para ofrecer una reparación suficiente é igual á la injuria del Criador. Tampoco hubiera hecho la satisfacción condigna la mediación de los Ángeles que secundaran los esfuerzos del hombre, aun suponiendo que esta mediación fuese generosa y abundante; porque la cooperación de unas simples criaturas, siempre finitas é imperfectas, no puede ser nunca equivalente á una reparación infinita.

EL DR. Pero ¿es verdad que el pecado del hombre arguye una malicia infinita? Esta malicia será grande, muy grande sin duda, indefinida si se quiere, pero no infinita; y en este supuesto me parece que el hombre, con el socorro de los Ángeles podía ofrecer una reparación suficiente.

EL TEÓL. Espero convencersos de lo contrario, pues aun suponiendo que la ofensa no entrañe una malicia infinita como su objeto, no tiene duda que guarda proporción con la dignidad de la persona ofendida. El buen sentido basta para comprender que el ultraje dirigido á un rey arguye mayor malicia que la injuria inferida en uno de sus súbditos; pero si bien una criatura puede darse por satisfecha y aun mas que satisfecha, aunque se la suponga muy superior al hombre y á los Ángeles, con la reparación que estos puedan ofrecerle ¿por ventura Dios no es infinitamente mas perfecto que una simple criatura, por relevantes que se supongan sus calidades? ¿Acaso no es indefinidamente mayor la malicia de la ofensa que se le hace? Por tanto ¿cómo puede recibir una reparación suficiente de estas criatu-

ras, cuya satisfacción, á lo sumo, puede ser igual á la ofensa que se infiere á un ser creado? De manera que si la malicia de la injuria hecha á Dios no fuese infinita, tampoco sería posible que el hombre y los Ángeles la reparasen de un modo suficiente, puesto que es proporcionada á sus perfecciones sin límites. Para comprender mas claramente esta explicación supongamos que las calidades de la criatura ofendida ascienden á ochenta, y en este caso la injuria valdrá proporcionalmente por cincuenta si se quiere. Las perfecciones infinitas de Dios no tienen término, y por consiguiente será indefinida la malicia de la ofensa que se le infiera; pero si la reparación de los Ángeles y del hombre no vale mas que cincuenta, ¿cómo puede ser suficiente con respecto á una ofensa de un grado indefinido?

Esta dificultad puede también resolverse de una manera mas sencilla. Una satisfacción rigurosa y completa debe darse con medios propios del que quiere ofrecerla; porque si estos medios son debidos á la benevolencia de la persona ofendida, desde luego se deja ver que la satisfacción rigurosa es imposible. En esta condición se hallaba el hombre con respecto á Dios, pues solo podía satisfacer con actos de virtud, y no podía concebirlos ni realizarlos sin la gracia que el Señor era dueño de conceder ó de negar. En semejante estado hubiera satisfecho á Dios con los medios recibidos de su bondad, de suerte que no podían hacerlos dignos ni meritorios sino por su gracia; lo cual excluye la idea de satisfacción rigurosa, personal y propia. Acaso diréis que los Ángeles podían ofrecer á Dios la reparación exigida; pero lo cierto es que no les era mas posible que al hombre, pues no hallándose en la vía del libre albedrío, interceden sin poder merecer. Además aun cuando los supongamos capaces de mérito, ciertamente no podían adquirirlo sino por la gracia del Señor, de suerte que los Ángeles tampoco podían ofrecer á Dios una reparación rigurosa para el pecado del hombre. En suma, esta reparación no podía hacerla una simple criatura: el culpable no tenía otro recurso que la mediación voluntaria del Hijo de Dios.

EL DR. ¿Hubiera podido el Hijo de Dios rescatar al hombre sin unirse á otra naturaleza? Y suponiendo necesaria esta unión, ¿por qué no prefirió la naturaleza angélica, que en mi concepto hubiera sido menos indigna de él?

EL TEÓL. No parece posible que el Hijo de Dios nos rescatase con una satisfacción rigurosa sin unirse á otra naturaleza, porque entonces el mérito de sus acciones reparadoras hubiera sido comun á las tres personas divinas. Además, el hombre había pecado por inobe-

diencia ó por espíritu de orgullo y exigiendo Dios una reparacion por las virtudes contrarias, el medianero debia someterse á la humildad y á la obediencia, lo que no podia hacer el Hijo de Dios sin tomar otra naturaleza susceptible de estos actos. En cuanto á la eleccion y al decoro de que hablais, contestaré que el Hijo de Dios no queria honrarse ni elevarse en el cumplimiento de nuestra redencion, sino por lo contrario, humillarse hasta el anonadamiento, sufrir la ignominia de la cruz para que el hombre cobrase mas horror á sus crímenes, para excitar mas su amor y su reconocimiento, y para enseñarle á sufrir resignadamente, por via de sacrificio, todas las miserias de la vida. Tales debian ser los resultados de una satisfaccion visible y cruenta, satisfaccion que no concebimos posible en la hipótesis de la union del Verbo con la naturaleza angélica. El Señor quiso tambien que la naturaleza humana, que se habia hecho prevaricadora, cooperase por sí misma á la reparacion exigida.

EL DR. ¿Será, pues, que el Hijo de Dios, al hacerse hombre para redimirnos, haya contraído todas las enfermedades y miserias de nuestra naturaleza?

EL TEÓL. Jesucristo quiso sujetarse á nuestras enfermedades y sufrimientos: *Vimosle despues despreciado, y el desecho de los hombres, varon de dolores, y que sabe lo que es padecer... Es verdad que el mismo tomó sobre sí vuestras dolencias y pecados, y cargó con vuestras penalidades* ¹.

El Evangelio hace mencion de sus lágrimas, de su tristeza, de su agonía, de sus sufrimientos y de su muerte; pero nosotros, merced á nuestra naturaleza degenerada, tenemos otras enfermedades que el Salvador no contrajo, como la ignorancia, la turbacion involuntaria y la concupiscencia. En efecto, san Pablo describe á los colosenses los tesoros del saber y de la cordura de Jesucristo, como lo habia ya proclamado Isaias con estas palabras: *Y reposará sobre el el espíritu del Señor, espíritu de sabiduria y de entendimiento* ². San Juan le llama *lleno de gracia y verdad* ³. Jesús expresa su turbacion con estas palabras: *Ahora mi alma se ha conturbado* ⁴; mas esta turbacion no podia ser imprevista ó involuntaria como la nuestra. El hombre la experimenta á pesar suyo, por sorpresa, por ignorancia ó por debilidad, defectos que no podian hallarse en el divino Salvador; y por esto se dice que se turbaba á sí mismo, ó sea voluntariamente ⁵. San Agustin expresa esta diferencia en los siguientes términos: « Vosotros os sentís turbados involuntariamente, mas el Cristo se turbaba por-

¹ Isai. LIII. — ² Ibid. XI. — ³ Joann. I. — ⁴ Ibid. XII. — ⁵ Ibid. XI.

« que queria. » Tampoco podia estar sujeto el Redentor á la degradante concupiscencia, que en nosotros es un efecto del pecado y de la corrupcion de la naturaleza; pues aunque esta concupiscencia no hace culpable al hombre en la causa ni en sí misma ni en sus efectos, no deja de ser muy reprehensible, y de ordinario muy criminal, si se la provoca, ó si se la siente con la adhesion de la voluntad. Por esto nuestro divino Salvador, que por cierto podia prevenirla, no podia someterse á una enfermedad deshonrosa que mancillara su santidad.

EL DR. Habeis dicho que Jesucristo fue un hombre sumido en el dolor y colmado de tristeza; pero ¿quién sabe si este dolor no era aparente y tan solo exterior? porque parece imposible asociar un sufrimiento real con la vision intuitiva de que gozaba su alma.

EL TEÓL. El dolor aparente de Jesucristo seria un disimulo indigno y culpable, particularmente cuando expresa con tanta energía sus sufrimientos y su tristeza. Y luego ¿cómo pueden conciliarse sus notables milagros con ese carácter de mentira y de hipocresía? ¿Seria posible que los asertos de los sagrados Libros y de nuestros simbolos, que refieren tan claramente la pasion y la muerte de Jesucristo, las predicaciones de los varones apostólicos que anunciaban la cruz del Redentor á los judíos y á los gentiles, y finalmente sus numerosos prodigios, fuesen una decepcion acreditada por espacio de diez y ocho siglos entre tantos millones de cristianos? Semejantes suposiciones son inadmisibles y aun imposibles, porque repugnan demasiado al buen sentido; pero si me preguntais cómo se concilian semejantes sufrimientos con la vision intuitiva de que gozaba el alma del Salvador, confieso que esto es un misterio para la debilidad de nuestro entendimiento. Nunca demostraréis sin embargo la imposibilidad de experimentar al mismo tiempo, aunque bajo diferentes aspectos, el sentimiento de la alegría y el de la tristeza: preguntad sino á una madre que salva á su hijo de una muerte cierta, á fuerza de privaciones y de dolores atroces, si ha dejado de sentir cierta alegría á través de sus tormentos. Otro ejemplo nos presentan de la misma naturaleza los cánticos de alegría de millares de Mártires que bendicen y elogian al Señor, en tanto que padecen por su religion santa. Además cuando se conceda la vision intuitiva como una recompensa, esta vision no puede menos de proporcionar una felicidad soberana, pues este es precisamente el objeto que se propone Dios al otorgarla; mas en Jesucristo era el resultado de los dones inefables que recibió su humanidad en el misterio de la Encarnacion, siendo por tanto muy posible, como dicen algunos teólogos, que su

no gozara todavía la plenitud de felicidad de que debía disfrutar después de la resurrección. Podía templarse esta alegría con una disposición divina, para que el Redentor fuese susceptible de dolor y de tristeza.

EL DR. Si esta satisfacción del Cristo ha sido posible, no llena al parecer todas las condiciones de una verdadera reparación. Así ¿cómo podía tener efecto con bienes propios y personales, puesto que las acciones del Salvador procedían de la naturaleza humana, sujeta al influjo de la gracia de Dios?

EL TEÓL. En las acciones de Jesucristo no debemos confundir su sustancia con el valor personal que las acompaña. La primera se producía bajo el influjo de las tres personas divinas, lo mismo que para las otras criaturas, y en cuanto á los valores llamados esenciales y accidentales, los teólogos los explican fácilmente del modo que sigue: El primero de dichos valores no se separa nunca del acto, de suerte que en la obediencia, por ejemplo, el valor esencial consiste en someter su voluntad á otro; mas el segundo valor se cifra en los motivos que influyen en la acción: así, la humildad, el amor, etc., que inducen á obedecer, eran valores sobrenaturales procedentes de la gracia de Dios, y bajo este aspecto eran obra de las tres personas divinas, mas no pertenecientes de una manera especial al Hijo. Las acciones de la naturaleza humana recibían sin embargo un valor particular é infinito de la unión hipostática con el Verbo, y este valor, procedente de la dignidad de la persona, era propio del Verbo divino, el único que se hallaba unido á la naturaleza humana; de suerte que en este sentido las acciones eran personales del Hijo, mas no del Padre ni del Espíritu Santo. Así es que Jesucristo pudo satisfacer con méritos propios y personales por el valor principal é infinito que les comunicaba.

EL DR. Permitidme que os proponga otra dificultad. No es posible que una satisfacción sea ofrecida y recibida por la misma persona, que es precisamente lo que suponeis que tuvo lugar en la redención, donde el Hijo de Dios ofreció y recibió al mismo tiempo la satisfacción para el pecado del hombre.

EL TEÓL. No es imposible bajo ningún concepto que el Hijo de Dios ofreciera las acciones de la naturaleza humana, enriquecidas con el valor personal del Verbo, porque por medio de la encarnación había tomado una naturaleza y una voluntad diferentes de la naturaleza y de la voluntad del Padre y del Espíritu Santo. Decís que el Hijo tuvo también parte en la ofensa, y que por consiguiente

no podía ofrecerse una satisfacción á sí propio; mas es de advertir que el Hijo de Dios hecho hombre no presentó la reparación directamente á la persona del Verbo, sino á Dios, á la majestad divina, lo que pudo hacer indudablemente por su naturaleza y su voluntad humanas, diferentes de la naturaleza y de la voluntad de Dios. Verdad es que el Hijo fue ofendido, lo mismo que el Padre y el Espíritu Santo; mas no por esto se hallaba en la imposibilidad de ofrecer una reparación á la Majestad divina, ó sea á las tres personas de la santísima Trinidad. Para resolver esta dificultad recordaré un ejemplo citado por los teólogos: Supongamos una república gobernada por un triunvirato ofendido en su dignidad; supongamos además que uno de los triunviros se sacrifica por acciones que solo convienen á un simple súbdito, dando de esta suerte una satisfacción á la augusta magistratura á que pertenece: ¿por ventura hay en este hecho alguna cosa imposible ó contradictoria? Pues de la misma manera podemos imaginarnos la satisfacción dada y ofrecida por Jesucristo á la Majestad divina.

EL DR. ¿Conocemos acaso la importancia de la satisfacción de Jesucristo?

EL TEÓL. La conocemos lo suficiente por lo que de ella nos dice la sagrada Escritura. En efecto los Libros santos nos manifiestan que el Salvador, al librar al hombre del pecado, le restableció en la amistad de Dios, en la gracia sobrenatural y en la esperanza del cielo. *Así que (María) parirá un hijo, decía el Ángel á san José, á quien pondrás por nombre Jesús; pues él es el que ha de salvar á su pueblo ó librarle de sus pecados¹. Aun cuando estábamos muertos por los pecados², nos dió vida juntamente en Cristo. Dios ha enviado á su Hijo para que fuese una víctima propiciatoria para nuestros pecados y lo ha sido verdaderamente³. El cual nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre⁴. La reconciliación que consumó Jesucristo entre Dios y el hombre está expresada con estas palabras: *Éramos aun pecadores ó enemigos suyos... que si cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo, mucho mas estando ya reconciliados nos salvará por él mismo⁵. Dios nos ha reconciliado consigo por medio de Cristo⁶. Esta reconciliación se ha extendido hasta la adopción: *Ha enviado Dios á su Hijo formado de una mujer y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban debajo de la ley, y á fin de que recibiésemos la adopción de hijos de Dios⁷.***

¹ Matth. I. — ² Ephes. II. — ³ I Joann. III, 4. — ⁴ Apoc. I. — ⁵ Rom. V. — ⁶ II Cor. V. — ⁷ Galat. IV.

No es menor la formalidad con que nos demuestran que por medio de Jesucristo hemos recobrado las esperanzas y los derechos á la vida eterna que el Señor habia concedido al hombre: *Amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dár á su Hijo unigénito á fin de que todos los que creen en él no perezcan, sino que vivan vida eterna*¹. Inútil es multiplicar los textos referentes á esta verdad de fe, tan claramente expresada en nuestros símbolos. *Credo... vitam eternam*; «Creo y es-
«pero en la vida eterna.» La satisfaccion de Jesucristo no se contrajo á extinguir la deuda del pecado, puesto que fue plena y superabundante; *porque si por el pecado de uno solo murieron muchos, mucho mas copiosamente se ha derramado sobre muchos la misericordia y el don de Dios, por la gracia de un solo hombre, que es Jesucristo. Cuanto mas abundó el pecado, tanto mas ha sobreabundado la gracia*². «Sí, dice san Juan Crisóstomo comentando estas palabras, Jesucristo pagó mucho mas de lo que debiamos, pues su satisfaccion es como «la inmensidad del mar comparada con una gota de agua.»

Es preciso sin embargo no exagerar los efectos de la redencion hasta el punto de incluir en ellos el restablecimiento del hombre en los privilegios del estado primitivo. Algunos autores de *filosofía católica* suponen estas utopías de felicidad terrestre como un objeto de la mediacion de Jesucristo, de suerte que el bienestar material debe ir *progresando* de generacion en generacion hasta la feliz época en que el hombre, regenerado por la gracia, halle en la tierra un nuevo Eden, como si esta condicion fuese indispensable para hacer completa la reparacion del medianero; mas ¿en qué base establecen este sistema de felicidad universal? ¿En qué profecía de las Escrituras lo ven indicado? Si leéis el Evangelio, sin comentarle bajo el prestigio de una imaginacion poética, veréis que el hombre, durante su peregrinacion, tendrá que sufrir constantemente las enfermedades, el dolor y muchas veces la pobreza, que el discípulo de Jesucristo andará siempre en pos de su maestro con el peso de la Cruz, y que su patrimonio sobre la tierra consiste en la tribulacion y en la tristeza del destierro. Tal es el carácter del verdadero cristiano, sin que jamás consigan alterarle nuestros sistemas y nuestras utopías.

EL DR. Desde luego se concibió que el Evangelio anatematiza la corrupcion del mundo pagano. Asimismo confieso que no habiéndose verificado todavía la transformacion del hombre, tenemos que luchar contra seducciones exteriores, y considerar al mundo como un enemigo peligroso; pero ¿por ventura no caminamos insensiblemente

¹ Joann. III. — ² Rom. V.

te á una época en que los discípulos del Cristo, llegados á la madurez del hombre perfecto, podrán disfrutar sin peligro de las delicias de la tierra antes de entrar en la patria celestial, que no por esto deja de ser el principal objeto de la mediacion?

EL TEÓL. Es cierto que no poseemos todavía esta feliz transformacion, de lo cual pueden citarse tantos testimonios como sean necesarios. Por lo que hace al mundo de nuestra época, es preciso resignarse á los anatemas del Evangelio, que se le aplican justamente; mas en cuanto á la futura perfeccion de que hablais, es muy de temer que vuestras predicciones no lleguen á verificarse nunca. El mundo puede modificar sus seducciones, sus gustos y sus placeres, segun la marcha de la civilizacion; así no es probable que el público de nuestros días tributase muchos aplausos á las luchas de los gladiadores, que para la antigua Roma eran un pasatiempo muy agradable. Suponiendo por tanto un progreso análogo, es de creer que dentro de cinco ó seis siglos habrá una época de civilizacion y de moralidad pública que no permitirá las obscenas representaciones de que tanto se gusta en algunos teatros; pero en aquella época remota, lo mismo que en la nuestra, tambien habrá un mundo seductor y corrompido, digno de los anatemas de que hablais, debiendo decirse lo propio de las generaciones sucesivas hasta la consumacion de los tiempos.

EL DR. Antes de terminar esta conferencia, hacedme el obsequio de explicarme por qué se dice que Dios nos justifica y nos salva gratuitamente, cuando el mediador ha ofrecido por nosotros una satisfaccion superabundante. Tampoco puedo comprender la muerte de Jesucristo, supuesto que bastara con una humillacion de su parte, con una sola gota de su sangre para redimirnos.

EL TEÓL. Decimos que Dios nos justifica y nos salva gratuitamente, porque en su misericordia se dignó aceptar de Jesucristo la reparacion que no podíamos nosotros ofrecerle. A este propósito debe advertirse que una ofensa no es como una deuda pecuniaria, pues esta queda extinguida en rigor de justicia, si el deudor encuentra un amigo generoso que pague por él, de suerte que el acreedor cobra lo que es suyo y no tiene derecho á reclamaciones ulteriores; pero cuando se trata de la reparacion de una injuria, el ofendido puede exigir que le dé satisfaccion la misma persona de quien ha recibido el ultraje.

Un acto de humillacion de parte del divino Mediador, una gota de sangre derramada por nosotros, seria suficiente sin duda, si Dios las hubiese aceptado, y ofrecido Jesucristo para redimirnos, puesto que

son obras de infinito precio; pero tambien observamos que en el rigor de su justicia Dios ha prescrito el cruento sacrificio de nuestro divino Salvador, y que este ha sido obediente hasta morir crucificado. Ciertamente no tenemos derecho á censurar la severidad de una reparacion semejante, porque el Señor ofendido era dueño de aceptarla y de sujetarla á las condiciones que le plugo imponer; pero podemos presumir que exigió la efusion de la sangre de su Hijo para dar á entender al hombre cuán grande y terrible es la Majestad divina, como tambien para obligarle para siempre á reconocer y amar al que lavó sus pecados en su propia sangre. *Qui dilexit nos, et lavit nos à peccatis in sanguine suo.* (Apoc. 1).

CONFERENCIA VI.

LA REVELACION.

EL TEÓL. Hoy daré principio á la conferencia proponiendo el asunto de que vamos á tratar. Tal es la revelacion. Ya yo sé que admitís la revelacion, y por esto he hablado de nuestros misterios sin indicar los medios de que ha podido valerse el hombre para conocerlos y aceptarlos; pero ¿creéis acaso que esta cuestion pueda reportaros alguna utilidad?

EL DR. Estoy plenamente convencido de la existencia de la revelacion; pero no habiendo examinado nunca detenidamente los motivos de esta conviccion, confieso que con dificultad podria expresar claramente mis ideas sobre este punto. Así no dejan de parecerme muy importantes las explicaciones que me proponeis, y desearia que dierais principio á ellas por la palabra *revelacion*.

EL TEÓL. Considerada esta palabra en su sentido mas lato, significa toda comunicacion intelectual y moral hecha por Dios á una criatura inteligente. En este concepto podriamos calificar de revelacion el conocimiento de la ley natural que ha grabado el Señor en nuestras almas, pues es evidente que proceden del Señor.

EL DR. ¿Sabemos acaso de qué modo se hizo la primera comunicacion de estas leyes naturales?

EL TEÓL. Lo mas probable, á mi juicio, es que se hizo por *impresion*, es decir, que Dios la grabó en el alma de nuestros primeros padres, pero sin sujetarlos, como á nosotros, á una infancia intel-

tual; porque habiéndolos creado como existimos ahora en la edad madura, Dios habia desarrollado súbitamente en ellos y de una manera mas extensa los conocimientos que adquirimos por grados y no sin muchas dificultades.

EL DR. Pero ¿tambien se comunican estos conocimientos á sus descendientes por medio de una impresion?

EL TEÓL. Tengo para mí que Dios imprime el gérmen de las ideas intelectuales y de las leyes morales en las almas que crea, de manera que este gérmen se va desarrollando insensiblemente por las relaciones del hijo con sus padres y con los otros hombres.

EL DR. ¿Y por qué no hemos de suponer que todas las ideas del hombre proceden de las comunicaciones que tiene con sus semejantes?

EL TEÓL. Así se supone en ciertos sistemas filosóficos; pero fácilmente concibiréis que no es probable que nuestra alma, hecha á imagen de Dios, tenga una espiritualidad *pura...* y luego si en el alma del niño no hubiese *à priori* el gérmen de nuestros conocimientos, ¿seria posible depositar en ella, como en una cajita, las ideas simples, los principios del raciocinio, las ideas generales, las nociones del bien y del mal? Por mas esfuerzos que se hicieran, nadie podria formar con recursos exteriores una conciencia como se hace un reloj.

EL DR. ¿Dios ha establecido acaso para el hombre otras comunicaciones?

EL TEÓL. Las hay de una especie diferente que pertenecen á la revelacion propiamente dicha. Por su medio da Dios á conocer al hombre ciertas verdades y deberes sin necesidad de ejercitar su inteligencia ni de hacer uso de las comunicaciones ordinarias con sus semejantes. En este último modo Dios se contrae á imprimir en el alma el gérmen de las ideas, para que se desarrolle en seguida por medio de las relaciones con los hombres; pero la revelacion es la manifestacion de una verdad ó de un precepto comunicado al hombre de una manera extraordinaria. Unas veces esta manifestacion se hace directamente al que es objeto de ella; otras veces se hace á una persona particular, con orden de que la comunique, y no creo que disputeis á Dios el poder de hacer al hombre revelaciones semejantes.

EL DR. La dificultad consiste en saber si las hay, dicen muchos; pues habiendo concedido todos los conocimientos naturales á nuestros primeros padres, Dios imprime su gérmen en sus descendientes, para que se desarrolle en seguida por medio de las relaciones con sus semejantes. Parece por tanto que no hay necesidad de nuevas comunicaciones.